

blanco una base firme en los países tropicales. La malaria es hoy indudablemente la mayor preocupación de las naciones colonizadoras, como lo fuera en lejanas épocas. Hoy día tiénesela controlada en vastas extensiones de terrenos que hace 20 años se consideraban irremediabilmente perdidos. La destrucción de los mosquitos reviste importancia secundaria, pero la supresión de los criaderos es de la mayor trascendencia. Hay que tomar en cuenta las condiciones especiales de cada país; por ejemplo, no pueden esperarse los mismos resultados en el río Amazonas o en las costas de Centroamérica que en las zonas ya redimidas de Tennessee o la Florida. La uncinariasis es con seguridad el segundo problema a afrontar en los trópicos. Lo primero es recorrer el territorio a fin de conocer bien la zona infectada y la proporción de parasitados, y de ser posible, el grado de infección en cada caso. Al mismo tiempo debe emprenderse una campaña de educación. El tratamiento consiste principalmente en antihelmínticos y purgantes, pero lo más importante es evitar las reinfecciones, obligando al público a construir y usar letrinas adecuadas y llevar calzado. La amibiasis (quizás fuera mejor decir las afecciones hídricas.—RED.) ocupa el tercer lugar en el orden de los problemas sanitarios de las zonas tropicales. La educación del público también da ahí los mejores resultados. Después de la protección del agua, la leche y los alimentos, muchas prácticas sencillas pueden dar excelente resultado, como el lavado metódico de los manos antes y después de comer, el cuidar de la limpieza de todos los comestibles, etc. La fiebre amarilla ocupa el cuarto lugar en la lista de Agramonte, si bien hace un cuarto de siglo hubiera merecido el primero. En los últimos años, el problema mundial de esa dolencia ha tomado aspecto serio, a pesar de los éxitos obtenidos, pues se ha evidenciado la endemidad de esta afección en la Costa Occidental de África, y se han notificado brotes en el Brasil, y en Colombia, donde se suponía que la enfermedad ya estaba definitivamente aniquilada, demostrando eso que no debe haber tregua posible en la campaña preventiva, y que la ausencia de casos no siempre significa extinción.

Esa nueva fase alarmante de la fiebre amarilla sobre la cual con tanta razón llama la atención Agramonte no pasó desapercibida en la reciente reunión del Consejo Directivo de la Oficina Sanitaria Panamericana, y de ahí la resolución votada y a la cual nos refiriéramos en un número anterior.³ La reciente aparición de la enfermedad en el interior de Colombia dota aun de más actualidad a ese consejo previsor.

LAS NUEVAS TENDENCIAS DE LA SANIDAD

Allá a fines del siglo XIX, en la época consecutiva a los memorables descubrimientos de Pasteur, cuando surgió la higiene moderna, su

³ Véase el BOLETÍN de septiembre, p. 966.

objeto primordial consistía en precaver las enfermedades, y más en particular las epidemias. A medida que ha perfeccionado sus medios de campaña y profundizado más en ciertos aspectos de la situación, si no ha cambiado, por lo menos ha ampliado, sus horizontes. Hoy día la higiene no se contenta con impedir epidemias, sino que va mucho más allá; trata de fomentar la salud. En su época pristina satisfacíase con exigir agua, leche y alimentos inocuos, limpieza cívica y un mecanismo capaz de poner a coto las epidemias. La nueva higiene pide todo eso, pero respaldado y robustecido por una población compuesta de ciudadanos sanos y vigorosos que comprendan y sepan aplicar los principios de la salud. De un programa puramente negativo "No epidemia," muéstrase ahora profundamente positiva en su nuevo lema: "Salud para todos."

Reducida a términos sencillos, la moderna ciencia de la salud reposa sobre estas piedras angulares: suficiente alimento sano; aire puro en abundancia; ejercicio bien graduado y alternado con el descanso. Ya hemos aprendido mucho acerca de la necesidad que tiene el organismo de recibir en el régimen ciertos elementos especiales, tales como calcio, hierro y yodo. También hemos descubierto esos principios recónditos, a los cuales se ha dado el nombre de vitaminas, que en proporciones ínfimas gobiernan la salud y el desarrollo. Con respecto al aire, hemos averiguado que el aire más puro es el fresco y mantenido en movimiento, y que hay que evitar las corrientes de aire por un lado, y la hipercalefacción por otro, pues merman la vitalidad y dan origen a resfriados y otras afecciones agudas del aparato respiratorio. La fisiología nos ha enseñado que el ejercicio apropiado, por expandir los pulmones y acelerar el corazón, da ímpetu a la energía física.

Como se verá, la higiene, al proclamar esos principios y tratar de implantarlos, ya no espera a que lleguen las epidemias para combatir las, y tampoco se contenta con precaverlas por medio de la pureza del agua, de la leche, de los alimentos y del aire, sino que trata de formar una falange compuesta de ciudadanos sanos y robustos que sepa y pueda resistir los mandobles de la enfermedad, de presentarse ésta en una forma inusitada o inesperada, como sucedió, por ejemplo, con la pandemia de influenza de 1918-19, o la epidemia de dengue que devastó a Grecia en 1928. No es que la nueva higiene desdeñe al bacilo: lo que hace es completar la ofensiva con una defensa más perfecta, pues mientras más fuerte el cuerpo, peor acogida encontrarán en él los microbios. El mejor ejemplo del éxito de esas doctrinas nos lo ofrece la tuberculosis, ya de capa caída en muchos países.

Nuevas o innovadoras como quizás parezcan esas tendencias de la sanidad moderna a algunos lectores, no estará demás recordar que cuando el Padre de la Medicina quiso compendiar hace decenas de siglos, los principios de la higiene antigua, limitóse a decir: vida sobria, alimentación apropiada y ejercicio moderado. Y no tiene desperdicio el consejo aun hoy día.